LA SERRANA

DE

LAS NAVAS.

Drama en tres actos y en verso original

DE D. RAFAEL DEL CASTILLO.



BARCELONA.

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE NARCISO RAMIREZ,
pasaje de Escudillers, n.º 4.
1865.

PERSONAJES.

LUISA.	EL CONDE.
CLARA.	PEDRO.
JUANA.	ANTON PEREZ.
FERNANDO.	

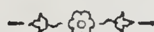
Un rey de armas, escuderos, alguaciles y soldados.

La accion pasa en el siglo XVI.

El primero y tercer acto pasan en las Navas del Rey, en casa de Anton Perez.

El segundo en el castillo del Conde de Arcos, á la falda del Guadarrama.

ACTO PRIMERO.



Interior de una habitacion de campo. Puerta al fondo que da al campo y dos laterales. En tercer término se abre una escalera que da á un corredor donde hay dos puertas. En la escena se ven esparcidos algunos instrumentos de agricultura. Sillas rústicas. Pendiente del techo un farol. Es de noche.

ESCENA I.

El CONDE *y* PEDRO.

(*Al levantarse el telon entran por el foro sacudiéndose la lluvia. Pedro con precaucion y mirando á todas partes.*)

CONDE. ¿Estás cierto que es aquí?
PEDRO. Estóylo mucho; muy cierto.
CONDE. Nadie por aquí se halla.
PEDRO. Estarán por allá dentro;
como la noche está mala,
é además llovizna hielo,
las gentes de aquesta casa
se ayuntarán junto al fuego.
¡Ay qué dichosos que son!
nosotros por esos cerros
vamos en busca de un mozo
catando, mas non le viendo;
si aquesta luz non catamos,
contra un árbol nos rompemos
la cabeza.
CONDE. ¿Acabarás?
¡te vuelve pesado el miedo!
PEDRO. ¡Ay! ¡Señor conde, sí tal;
miedo tuve, lo confieso;

al verme entre esos barrancos...

CONDE. ¡Cobarde!

PEDRO. Si para héroe
yo non pedí el previllegio.
Quiero la mi vida en mucho;
si tuviera otro pellejo
non dudara en esponer
el mio, por aquesos breños:
vos habeis sido soldado;
yo non fuí mas que labriego;
mi natural es pacífico,
el vueso, señor, guerrero;
vos jugásteis con la vida;
yo con la vida non juego,
que al jugar con tales cosas,
es fácil perder el cuero.

CONDE. ¡Eh! déjame de sandeces:
llama por ahí.

PEDRO. Obedezco.
(¡Llamar sandeces á cosas
en que se pierde el pellejo!...)
¡Ha de casa! Non responden. (*Al Conde.*)

CONDE. Entra.

PEDRO. ¡Señor! non me atrevo.
Aqueso está muy escuro,
é fácil es que algun perro,
oculto en esos lugares
con non muy sanos intentos,
tenga con las mis nalgas
un banquete suculento.

CONDE. Pedro, yo quiero que llames:
¿no lo has escuchado?

PEDRO. Pero.....

CONDE. ¿Obedecerás, cobarde?

PEDRO. Ved, señor Conde.....

CONDE. Silencio,
y llama á esa puerta.

PEDRO. (Está visto;
quiere que aquí deje el cuero.)
(*Golpea en la puerta de la derecha.*)
¡Ha de casa! ¡Ave María!

LUISA. (*Dentro.*) ¿Qué se ofrece?

CONDE. ¿Respondieron?

PEDRO. Preguntaron.

LUISA (*Dentro.*) ¿Qué buscais?

CONDE. Vamos, contesta.

PEDRO. Contesto.
Salid acá y lo sabreis.

LUISA. Voy en seguida.

PEDRO. (Me alegro;
así podré respirar.)

ESCENA II.

DICHOS *y* LUISA.

LUISA. Dios os guarde, caballeros.
CONDE. Dios guarde á la serranica.
LUISA. ¿Qué se os ofrece?
PEDRO. Nos hemos
perdido entre esos barrancos,
tras tropezones sin cuento;
temblamos ambos de frio,
calados hasta los huesos,
y con un hambre.....
CONDE. En resúmen
quiero cena, cama y fuego:
se pagará con usura.
Toma. (*La tira un bolsillo. Luisa lo recoge con indignacion y se lo devuelve diciendo.*)
LUISA. El bolsillo os devuelvo.
En la casa de Anton Perez
se da cena, hogar é lecho
al viajero estraviado;
mas non se pide dinero.
Si vos querédes pagarlo,
cabe este bosque está el pueblo,
dó hallarédes cien mesones.
PEDRO. (¡Vaya un discurso que ha fecho!)
CONDE. Tú no sabes con quién hablas.
LUISA. Nin acuciáme el saberlo.
CONDE. Soy el conde.....
LUISA. En esta casa,
homilde como sus dueños,
non se ha demandado el nombre
al que está bajo su techo.
CONDE. ¡Es altiva la villana!
LUISA. E orgulloso el caballero.
CONDE. ¡Vive Dios!... (Tengamos calma,
no eche á perder mi proyecto.)
Es verdad, tienes razon;
estuve un poco altanero.
Di á tu padre que pedimos
cama y algun refrigerio,
y de su hospitalidad
no se borrará el recuerdo.
LUISA. Fabláraís de esa manera
é vos comprendiera presto.

Para serviros estamos;
ordenad, vos obedezco.

CONDE. Gracias, mi bella serrana,

PEDRO. (¡Suave el amo se ha puesto!...
De fijo que está pensando
en algo que non es bueno.)

LUISA. Pasad, pasad si vos place,
é calentaros al fuego,
mientras vos preparo cena,
é aderezan vuestro lecho.

CONDE. Puedes guiar. (*á Pedro.*)
Cuida tú
si ves á Fernando.

PEDRO. Entiendo.
(Maldito si sé qué faga
en medio de aqueste enredo.)
(*Vánse los tres por la puerta de la derecha.*)

ESCENA III.

CLARA *y* JUANA *aparecen en el corredor y bajan la escalera.*

JUANA. Vamos, vamos. ¡Qué martirio!
No esteis así; me da pena
ver un rostro de azucena,
con el morado del lirio.
¿Qué adelantais con llorar?
¿A qué tanto padecer?
¿Va á tornaros el placer
tanto sufrir y penar?
Vos amais á un caballero,
mas vuestro tutor ufano
quiere que deis vuestra mano
al tonto de su heredero.
Si aquesta union no os agrada,
ampararos con la ley;
dad vuestras quejas al rey,
ó casaros resignada.
El que amais, vos no sabeis
quién es, ni cómo se llama;
galan que tan pronto inflama,
muy pronto lo olvidareis.

CLARA. Calla, Juana; no conoces
la fuerza de mi cariño.

JUANA. Si el amor lo pintan niño,
pronto le asustan las voces;
y lo que es vuestro tutor,
grita como un condenado;
al conocer vuestro estado,

encendido de furor,
os dará voces sin tasa,
vuestro amor asustará,
y por fin, conseguirá
echarlo de vuestra casa.

CLARA. Amor que con tal firmeza
en nuestro pecho se anida,
al querer cortar su vida,
adquiere mayor firmeza.
El galan á quien yo adoro
víle tan solo una vez,
y desde entonces, pardiez,
su imágen es mi tesoro.
Dos palabras pronunció;
arrojóme una mirada:
y el alma quedó abrasada
en el fuego que encendió.
De entonces triste suspiro,
y en la iglesia, en mi aposento,
tan solo escucho su acento,
tan solo sus ojos miro;
y siempre, siempre creciendo,
mi pasion estoy mirando;
y mi amor le va buscando,
y sin verle, está sufriendo.

JUANA. Eh, tontería, señorita;
¡si tal amor es locura!

CLARA. Lo sé; pero mi ventura
con lo imposible se irrita.

JUANA. Al saberlo el señor conde...

CLARA. No me hables de mi tutor.

JUANA. Ocultadle vuestro amor.

CLARA. ¿Y quién tal pasion esconde
al ofrecerle otra nueva?

JUANA. Entonces ¿qué vais á hacer?
Si ese amor no puede ser,
olvidadlo; haced la prueba.

CLARA. ¡Olvidarle! y por su hijo,
un necio á quien nunca ví...
no puede ser.

JUANA. Pero si...

CLARA. Es imposible, de fijo.
Este viaje pretesté
por no verle.

JUANA. Y le vereis;
si prescindir no podeis
de hablarle.

CLARA. Sí, le hablaré
confesándole mi estado.

Yo apelaré á su honor...
JUANA. Y al saberlo su tutor
se pondrá, que ni pintado.
CLARA. ¿Qué hacer entonces?
JUANA. Pensar.
CLARA. Si no puedo.
JUANA. Hay que hacerlo.
CLARA. Es que no puedo quererlo.
JUANA. Debeis al otro olvidar.
Vamos, vamos; pensad bien,
que es mala tal situacion.
CLARA. Solo pienso en mi pasion,
que es desgraciada tambien.

ESCENA IV.

DICHOS, LUISA *por la puerta derecha.*

LUISA. ¿Estás aquí, hermana mia?
CLARA. Un momento de mi estancia,
por esta, he abandonado
las paredes solitarias.
LUISA. ¿Qué pena en tu rostro encuentro?
Desque te ví esta mañana,
magüer que non te lo dije,
ví la tristeza en tu cara.
JUANA. ¿Me necesitais ahora?
CLARA. No; puedes marcharte, Juana:
hablaré algunos momentos
con Luisa, mi buena hermana
de leche.
JUANA. Cual vos querais.
(*Váse Juana por la puerta de la derecha.*)
LUISA. Solicas estamos, Clara;
ya sabédes cual te quiero;
yuntas crecimos, el aura
respirando de las flores,
é yuntas nuesas dos almas
comenzaron á sentir,
cuando en querer se ayuntaban.
Non era igual nuestra suerte,
mas eránlo nuesas almas,
é aunque separadas lluego,
amáronse siempre ambas;
pues bien, si tú estás sufriendo,
¿ocultarásme la causa?
CLARA. ¡Si supieras!... ¡Ay, Dios mio!
LUISA. De aqueso solo se trata;
de que fable el corazon

cual otro tiempo fablara.
Si soy para tí la mesma,
non me ocultes tu desgracia.

CLARA. ¡Ay hermana! ¡si supieras
cuán ansiosa estaba el alma
de encontrar un pecho amigo
donde confiar sus ánsias!...

LUISA. ¡Mare santa! ¿por qué sufres?
Jóven, rica y envidiada;
fermosa como ninguna,
é como ninguna honrada,
non comprendo ese pesar.

CLARA. Porque amo sin esperanza.

LUISA. ¿Por qué?... ¿por qué me dijiste?

CLARA. Que amo y no soy amada.

LUISA. ¿E alientas tú de tal guisa?

CLARA. Tengo partida mi alma.

LUISA. ¿E con el alma ferida
en medio del mundo pasas?
¿Hay sonrisas en tus labios?
¿En los tus ojos hay lágrimas
é acentos guarda tu pecho?...
Calla por piedad, hermana;
ó tú non sabes amar,
ó non es igual mi alma.

CLARA. ¿Pero qué me estás hablando?
¿Crees mi pasion estraña?
¿Dudas que se pueda amar
entre risas y entre lágrimas?
¡Oh!.. no comprendes que el mundo
impone cosas muy árduas
á la mujer; que la obliga
á ahogar dentro de su alma
el dolor que la tortura
y el padecer que la mata;
que ha de llevar á sus labios
sonrisas, dulces palabras,
cuando hieles y amargura
pronunciar solo anhelara.
Amores como los mios,
que sufren, lloran y callan,
no se engañan á sí mismos
cuando á todo el mundo engañan.

LUISA. Non me place amar ansina.
¿Quién es aquese que amas?

CLARA. No lo sé; no lo conozco.
Hace seis meses, tornaba
una tarde á mi castillo
pensativa y preocupada,

cuando tendido en el césped
ví un caballero: gallarda
su apostura; continente
gentil; dulce mirada
fijóse en mí; ardió en ella
no sé qué mágica llama
que me abrasó el corazon.
Bajé la vista turbada;
saludóme cortesmente,
y aun aquellas palabras
dentro mi pecho resuenan
y en mi pecho están grabadas.
«—Dios guarde á la flor del valle;
pasad sin temor la dama,
que si hay en el bosque espinas,
vos sois un lirio entre zarzas.—»
Esto me dijo, y miróme
mientras yo, ruborizada,
me alejaba lentamente,
esculpiéndose en mi alma
aquel agraciado rostro
y aquellas tiernas palabras.

LUISA. ¿Non le has visto desde entonces?

CLARA. Buscándole enamorada
por todas partes, mi vista
en ninguna le encontrára.

LUISA. ¡Estraño el caso paresce!

CLARA. ¡Aventura desgraciada!
Ahora quiere mi tutor,
que no comprende mis ánsias,
entregue mi fé y mi mano
á su sobrino.

LUISA. Si amas
á otro, ¿podrás casarte?

CLARA. ¡Ay Luisa! si él me lo manda...

LUISA. ¿E quién impone mandatos
á la que de veras ama?

CLARA. Es que tú no le conoces.

LUISA. Vílo ya en aquesta casa;
hace poco que ha llegado.

CLARA. ¿Que ha llegado?

LUISA. Sí, con harta
altaneria pidióme
diérale fuego y cama,
é á poco oí que el mi padre
conde de Arcos le llamaba.

CLARA. Y ¿á qué viene por aquí?

LUISA. Non lo sé.

CLARA. Algo me aguarda,

y no bueno, Luisa mia.

LUISA. Non me place á mi su estampa.

CLARA. ¡Si vieras cuánto padezco!...

LUISA. Consuélate, la mi hermana;
la mare de Dios es buena.

CLARA. Ya me ha olvidado.

LUISA. ¡Clara!...
non digas eso.

CLARA. Me marcho
hácia mi cuarto.

LUISA. ¿Te marchas
tan presto?

CLARA. Sí, temo
no venga el conde á esta estancia,
y no le quisiera ver.

LUISA. Si ansí te place, yo voy
para servirte de guarda.
(*Vánse por la escalera Luisa y Clara.*)

ESCENA V.

FERNANDO *por la puerta del fondo.*

FERNANDO. No tengo duda, mi tio
era el hombre á quien yo ví.
¿Qué buscará por aquí?
No sé por qué desconfio
de mi estrella; su venida
á Luisa pudiera hacer
mi posicion comprender,
y el encanto de mi vida
despareciera. ¿Qué he hecho
alentando mi pasion?
¡Ay! me faltó la razon,
cuando amor gritóme el pecho.
Y dejarla yo de amar
es imposible, señor.
Siento aumentarse mi amor
y mis penas á la par.
¿Tiene ella la culpa á fé
de haber nacido villana?
Si en mi pecho es soberana,
¿por qué no amarla, por qué?
(*Queda pensativo: Luisa sale por la puerta de la escalera y se adelanta hasta él silenciosamente poniéndole ambas manos en el hombro.*)

ESCENA VI.

LUISA *y* FERNANDO.

LUISA. (¡Aquí está! ¡siempre triste!
¿por qué suspira
si le miran mis ojos,
si ansí me mira?)
FERNANDO. (*Sin apercibirse de la presencia de Luisa.*)
(¡Luz de mis ojos!...
¿por qué hay entre las flores
crueles abrojos?)
LUISA. (*Aproximándose á él.*)
¿Piensas en mí, Fernando?
FERNANDO. ¡Ah!... ¡Vida mia!...
¿cómo no pensar, si eres
tú mi alegría?
LUISA. Si comprendieras
que el mi pecho te adora,
mas me quisieras.
FERNANDO. Cuando de oro entre nubes
el sol asoma,
y las flores le ofrecen,
su puro aroma;
en sus fulgores,
mis ojos te contemplan,
como en las flores.
Si en la espesura
el aura leve
con su flébil aliento
las hojas mueve,
en su sonido
«Luisa» escucho afanoso
junto á mi oido.
Todo murmura amores
cual yo murmuro;
mi amor es cual tu aliento
suave y puro.
¡Prenda querida!
¿cómo no he de adorarte
si eres mi vida?
LUISA. Tú guardas, mi Fernando,
miel en tu acento;
y al escucharle olvido
mi sentimiento.
Duéleme, verte
triste, é yo non puedo,
mas que quererte.

Cabe el arroyo ufana
todos los dias,
sola á pensar me pongo
mis alegrías:
murmura el agua,
y el alma entre su arrullo
quimeras fragua.
Viene el aura mi frente
acariciando,
é afanosa pregunto
por mi Fernando.
Dile al oido,
yo la encargo, que nunca
su amor olvido.
A la tierna avecica
que ante mí pasa,
el fuego la confio
que el pecho abrasa;
y ella piadosa
te lleva, de mi parte,
queja amorosa.
¡Te contemplo tan triste,
Fernando mio!...
Parésceme estar cerca
de tu desvío.
¡Ay de mi alma!
robaránle tus desdenes
su dulce calma.
Respóndeme, Fernando:
¿por qué padesces?
Sorpréndote tan triste
¡ay! tantas veces...
¿Non adivinas
que en la flor de mi alma
clavas espinas?

FERNANDO. Por tu amor ofuscada
ves ilusiones;
solo á tí pertenecen
mis sensaciones:
enjuga el llanto;
no es por ti mi tristeza;
¡te adoro tanto!...

LUISA. Si tú por mí non sufres,
¿por qué, doliente,
una nube cuitada
cruza tu frente?

FERNANDO. Por.... Basta Luisa;
haz que asome á tus labios
tierna sonrisa.

LUISA. ¡Ocultásme tus penas!
FERNANDO. No tengo nada.
LUISA. La mujer lo conosce
si enamorada
está, é comprendo,
á la par que eso dices,
que estás sufriendo.
(*Mirando hácia la puerta de la derecha.*)
Hácia aquí viene el conde.
FERNANDO. ¡Conde!....
LUISA. Ha venido
hace poco el de Arcos.
FERNANDO. (¿Qué es lo que he oido?
nunca creyera,
que tan pronto mi dicha
despareciera.)
LUISA. ¿Que tienes, mi Fernando?
FERNANDO. (Si llega á verme...)
(*Preocupado y sin hacer caso de Luisa.*)
LUISA. ¡Mare santa!... non place,
de responderme.
FERNANDO. (Y he de ocultarme.)
LUISA. ¿Pero qué te sucede?
¿quieres matarme?
Fabla, Fernando, dime...
FERNANDO. No tengas miedo.
LUISA. Con tamaña zozobra
vivir no puedo.
FERNANDO. Volveré ahora.
(*Vásé rápidamente por el fondo.*)
LUISA. ¡Mare, mira la pena
que me devora!

ESCENA VII.

LUISA *y el* CONDE, *que sale por la puerta de la derecha sin apercibirse de la presencia de Luisa hasta que el diálogo lo indique.*

CONDE. Ya supe por Anton Perez
lo que yo ahora necesito;
se porta cual caballero
el bueno de mi sobrino;
porque es él, no tengo duda;
disfrazado entre estos riscos
y ocupado en sus amores
olvida el proyecto mio.
(*Tropieza Luisa con una silla.*)
¡Eh! ¿quién está ahí? ¿eres tú?

LUISA. Tropecé.
CONDE. Ya escuché el ruido:
acércate sin cuidado.
LUISA. Señor.....
CONDE. Tu padre me ha dicho
que estabas enamorada.
LUISA. (*Preocupada.*) (Y Fernando ¿dó se ha ido?)
CONDE. ¿No me escuchas?
LUISA. Sí, señor.
CONDE. Yo quiero ser el padrino
de tan venturosa union,
porque lo será de fijo.
LUISA. Tanta merced, señor Conde...
CONDE. No es merced, es egoismo.
Nosotros los viejos, niña,
nuestros ocios divertimos
viendo gozar á los otros
con sus locos desvaríos.
Y dime ¿qué tal el novio?
¿es guapo, es bueno, es rico?
LUISA. Para quererle constante
riquezas non necesito:
yo soy pobre, é pobre es él;
facerle feliz ansio,
é seré la mas dichosa
si él me guarda su cariño.
CONDE. Eso está bien contestado.
Y el que ha de ser tu marido
¿cómo se llama?
LUISA. Fernando.
CONDE. Y ¿de qué?
LUISA. Non me lo ha dicho;
su apellido para amarle
necesario non me ha sido.
CONDE. Galan que su nombre oculta...
LUISA. Si non lo oculta.
CONDE. Me dijo
tu padre, que en él advertia
algo de elegante y fino,
que no cuadraba muy bien
con su estado.
LUISA. (*Impaciente.*) (¡Qué martirio!)
CONDE. Es poco afecto al trabajo,
de la holganza es muy amigo,
y diz que le place mas
correr por breñas y riscos
que no coger el arado,
ó manejar el rastrillo;
que son sus manos muy blancas,

que su cútis es suavísimo:
y que mas que de labriego,
de caballero es su estilo.
¿No me escuchas?

LUISA. (*Cada vez mas contrariada.*)
Sí, señor;
pero mi padre ha creido,
magüer que tal os dijese,
que era de mi mano digno;
y aina yo, señor Conde,
á mi vez puedo deciros
que víle fiel é leal,
é víle amante é rendido;
y el corazon non se piensa
mal de quien ama, é al mio
desplácenle esas palabras...

CONDE. Son hijas de mi cariño
hácia tí.

LUISA. Vos lo agradezco.

CONDE. Con no muy buenos instintos
hay galanes, que cansados
de cortesanos hechizos,
buscan zagalas hermosas,
cuyo corazon sencillo
enamoran, y juguetes
las hacen de sus caprichos.
Despues las dicen su nombre,
las revelan su destino,
abandonándolas luego
con su deshonra...

LUISA. (¡Dios mio!
¡si Fernando!... non será.)

CONDE. A veces el padre ó el tio
del galan, que nada sabe,
va en su busca, allá su asilo...

LUISA. (Y alejóse con presteza
y se quedó sorprendido...)

CONDE. (*Observ.*) (Ya medita.) (*Conten.*) Y la cuitada
ve del galan el delito,
y hay reproches y lamentos,
y lágrimas y suspiros,
y se exige á la doncella
que creyó en aquel delirio,
que se olvide del amante...
que la adoró por capricho.

LUISA. Non hay mujer que obedezca
un mandato tan impío:
la que en amores se abrasa,
el corazon ya ferido

rasgárase en mil pedazos
antes que decir «olvido».
¿Con qué pagaba aquel hombre?...

CONDE. Con oro, si era muy rico...

LUISA. Non basta el oro á comprar
lo que nunca el oro fizo.
Si á mí donáranme oro
en pago del amor mio,
arrojáraselo al rostro
del villano mal nacido
que las virtudes pagara,
como comprara los vicios.

CONDE. Vamos, vamos, serranica.

LUISA. Señor, con vueso permiso...

CONDE. Desconfía de tu amante
si te oculta el apellido;
te lo encargo por tu bien:
quiero subir ahora mismo
al cuarto de mi pupila.

LUISA. Ahí le teneis. (¡Dios mio!)

CONDE. Te avisé por tu ventura...

LUISA. Vos agradezco el aviso.
Pluguiérame non oirle;
quiero buscarle ahora mismo:
¡si me ha desecho este hombre
todo el encanto en que vivo!
(Vase el Conde por la escalera y desaparece por la puerta del cuarto de Clara.)

ESCENA VIII.

LUISA *y* PEDRO.

(Va á salir Luisa y tropieza con Pedro, que entra santiguándose.)

PEDRO. ¡Qué cosa mas estupenda!
¡Por vida de D. Caifás,
que fué un solemne bribon!...
¡Jesucristo!... *(Tropieza con Luisa.)*

LUISA. ¡Arre allá!

PEDRO. ¡Qué puños tiene!

LUISA. ¿No visteis?

PEDRO. Ya sentílo por demás.

LUISA. ¡Si mirara donde pisa!

PEDRO. ¡Si pisárais al mirar!...

LUISA. Non murmure el escudero.

PEDRO. ¿Y quién no mormurará
si tiene rompido un brazo
y en el hombro un cardenal?

LUISA. Dejadme, que tengo prisa.
PEDRO. Quiero yo vos preguntar
por un mancebo que he visto
viniendo agora hácia acá.
LUISA. ¡Un mancebo!
PEDRO. Mancebico
de falaguero mirar,
que entre aquestos breños vide
recatándose.
LUISA. (¿Será
Fernando?)
PEDRO. La serranica
que habita aqueste lugar
podrá dirme lo que quiero.
(Aquí de mi habilidad.)
LUISA. Pregúnteme el escudero.
PEDRO. Entre los guardas que ha
vueso padre en sus ganados...
LUISA. (Apenas puedo alentar.)
PEDRO. ¿Hay alguno que se nombre
Fernando?
LUISA. Sí que le hay.
PEDRO. ¿É vino?...
LUISA. Hace seis meses.
PEDRO. (Ese mesmo tiempo hará...)
Viste con paños muy toscos
y él es fino por demás.
LUISA. Es muy cierto.
PEDRO. Es el mesmo;
si tengo yo un ojo tan...
LUISA. Y dígame el escudero,
¿por qué es ese preguntar?
¿guarda acaso algun misterio
en su vida ese zagal?
PEDRO. ¿Le importa á la serranica?...
LUISA. ¿Importáros el hablar?
Os he contestado aina.
PEDRO. Y aina os contestarán.
Pregúnteme la serrana
cuanto quiera preguntar.
LUISA. A una mi amiga enamora
ese Fernando; el rapaz
Don Amor picóla al seno,
é de amor siente un volcan;
non puede saber su nombre
ni á qué viene, ni á dó vá;
y falagueras palabras
derramando sin cesar,
hacen que la mi amiga

cada vez le quiera mas.

PEDRO. ¿Vuesa amiga ha dado prenda
de su amor á ese galan?

LUISA. Dióle su alma, que es joya
estimada por demás.

PEDRO. Pues ¡ay de la vuesa amiga!

LUISA. ¡Qué decís! vamos, hablad.

PEDRO. Mucho os interesa el mozo.

LUISA. (¡Mare Santa de la Paz,
si tiene entera mi alma
no me ha de interesar!)

PEDRO. Podeis decir á la moza
en palabra de amistad,
que Fernando está muy alto,
é que ella muy baja está.
Que Don Cupido es un tonto,
que se mete donde no han
menester de sus servicios;
que presto ha de rescatar
su alma, antes que el cuerpo
vaya su amor á llorar;
que él es noble, é con villanos
en jamás se ayuntará.

LUISA. Non prosiga el escudero;
faceisme muy grande mal.

PEDRO. ¿Non preguntabaís agora?

LUISA. (Fabló el conde con verdad.)

PEDRO. ¿Daño os fice, serranica?

LUISA. (El dolor me matará.)

PEDRO. (Matárame D. Fernando
si llegara á sospechar...)
¿Quereis facer mas preguntas?

LUISA. Hartas os he fecho ya.
Para saber desventuras
me dijisteis por demás.

PEDRO. (Voy á ver al Sr. Conde,
y él mi celo aplaudirá.
Esta será la serrana
que aquí detiene al galan,
cuando tanta pena siente...)
Serranica, perdonad;
si consuelos necesita,
conmigo puede contar.
(*Váse por la segunda puerta.*)

ESCENA IX.

LUISA.

¡Mare bendita!
mira mi duelo;
pesar me mata,
de amores muero.
Mentidas frases
oyó mi pecho;
el alma toda
ardió en su fuego;
castiga justa
al falaguero,
que ansi me mata.
Mas non, non quiero;
sufra yo sola
mal tan inmenso:
¡si yo le adoro!
¡si él es mi dueño!
Mare bendita,
oye mi ruego;
dale ventura:
dame consuelo.

ESCENA X.

DICHA, FERNANDO, *despues* CLARA *y el* CONDE, *que aparecen en la puerta de la escalera.*

FERNANDO. (*Entra por la puerta del fondo mirando con temor.*) Nadie se ve por aquí;
¿me habrá conocido Pedro?...
Luisa sola, no me ha oido.
Mi serrana.

LUISA. (*Vacilante.*) ¡Ah!... mi dueño.
Aléjate de mi lado.
¿A qué gozarte en mi duelo?
¿Por qué me mentiste amores
si eres noble?

FERNANDO. ¡Dios del cielo!
(Todo lo sabe.)

CONDE. Ven, Clara,
y todos juntos cenemos.

LUISA. ¿Para qué me has engañado
si me has destrozado el pecho?

CONDE. (La serrana y mi sobrino!...)

CLARA. Luisa!. .

CONDE. (*Deteniéndola.*) Detente un momento.
FERNANDO. Serranica de mis ojos,
di, ¿quién te dijo eso?
Soy noble, mas mi cariño
es cual mi nacimiento;
ni nunca te faltará,
ni podrá olvidar su objeto.
LUISA. Fernando, no puede ser.
FERNANDO. Si yo te adoro.
CLARA. ¡Qué acento!
FERNANDO. Juro amarte.
CONDE. (*Apareciendo en medio de los dos y separándolos violentamente.*) Basta ya.
FERNANDO. ¡Mi tio!
CLARA. (*Viendo á Fernando.*) ¡Cielos!
Luisa...
CONDE. Aquí tienes á tu esposa.
CLARA. (*A Luisa.*) Es él.
LUISA. ¡Dios eterno!...

CAE EL TELON.

ACTO SEGUNDO.



Sala elegante: puerta al fondo que da á una antecámara: dos laterales á la izquierda: balcon practicable á la derecha, en segundo término; en primero, una puerta: muebles de la época.

ESCENA I.

JUANA, *despues* PEDRO.

JUANA. ¡Jesucristo! Es imposible
habitar en esta casa.
El conde bufa, y patea,
mi señora llora, y calla;
don Fernando en su aposento
diz que las horas se pasa.
¡Don Fernando! ¿quién dijera
que él fuera quien ella amára!

PEDRO. ¡Hola! ¿con dueñas habemos?
¡Válame mi santiguada!

JUANA. (*Con gazmoñería.*) Acérquese el escudero.

PEDRO. De facerlo non he gana.
(Aquesta viella creyóse
que sus arrugas me agradan.)

JUANA. Dígame, seor escudero,
¿qué nuevas hay en la casa?

PEDRO. Todo es nuevo menos vos.

JUANA. Siempre con burlas se pagan
mis cariñosos cuidados.

PEDRO. Nin los pido, nin me faltan.
Non me fizo don Cupido
para caer en vuesas garras.

JUANA. No estais de muy buen talante,
por lo visto, esta mañana.

PEDRO. Holgárame non estarlo.

JUANA. Vamos, contadme qué os pasa;
ya sabeis que yo vos quiero.
PEDRO. Non digais esa palabra.
La que como vos, con tocas
va ya escondiendo sus canas,
nin puede querer á nadie,
nin finca fuego su alma.
JUANA. ¡Ingrato!
PEDRO. Me desplaciera,
si otra cosa os escuchára.
JUANA. Buscar amor en doncellas,
es buscar dolor á el alma.
PEDRO. Y en las viellas encontrallo,
es morirse de una hartada
de canas, toses, arrugas,
é otras cien mil alharacas.
Es vueso rostro tan tierno
que paresce una almohaza;
labios que con el se ayunten
non faránlo otra vegada;
si vuesa boca »amor» disce
paresce que pide gachas;
en fin, la dueña, non quiero
amor que solo da babas.
JUANA. ¿Habráse visto menguado?
PEDRO. ¿Habrá viella mas lagarta?
JUANA. Calle el escudero.
PEDRO. Calle
la dueña, é non me faga
que me torne á desbarrar.
JUANA. (*Pausa ligera.*) Vamos, si todo fué chanza.
PEDRO. Non para chanzas estoy.
JUANA. Cuénteme lo que pasa.
PEDRO. Rapaz Amor, es un mozo
que á hallarse aquí, se ganára...
JUANA. Pero ¿qué os hizo el amor?
PEDRO. Face seis dias, á casa
tornó el conde y don Fernando
resguardando á doña Clara.
El señor trujo el semblanté
mas peor que lo llevaba;
don Fernando furibundo
arrojóme unas miradas,
que ansí temblar me facian
como las hojas de parra.
Llegamos; todos se encierran:
requiéresme sin tardanza:
»don Bellaco, ansí el mancebo
dirigiome la palabra,

te voy á moler á golpes
el cuero de las espaldas,
si non vas en derechura
de Anton Perez á la casa.
A la su fija garrida,
que non la olvido, dirásla,
que non dude del mi amor;
que antes faltaráme el habla
que faltarla mi cariño.»
Voy á cumplir su demanda,
y el señor conde me encuentra;
conosce el caso en mi cara,
é entre airado é cejijunto
me dice que non lo faga,
si yo esponerme non quiero
á que me quiebre las nalgas.
Despues me dona un encargo,
lo cumplo; ya non le agrada;
pregunta el mozo afanoso
qué me dijo la serrana:
respóndole... yo no sé:
me da una horrible puñada:
me voy á quejar al conde
é por poco mas, me mata:
para aliviar mi tristeza
tópome con doña Clara;
me pregunta por su amante;
cuéntola cuanto me pasa;
enciéndesela el su rostro;
non para mientes en nada,
é colérica me disce
que de su presencia salga,
si non quiero que mi cuerpo
del adarve al foso vaya.
¿Visteis, viella del dimoño,
mas trabajos é mas ansias?
¡Reniego de don Cupido,
que tales cosas baraja!

JUANA. No reniegue el escudero;
don Cupido es una alhaja.

PEDRO. (¡Oh!... ¡Viella mas falaguera
nunca mis ojos miráran!)

JUANA. (*Acercándose á Pedro.*)
¿Está el escudero triste?

PEDRO. ¡Arre allá!... ¡Jesus que blanda!

JUANA. Escudero, el mi escudero,
no me tengais esas chanzas.

PEDRO. Idos al infierno, viella;
non quiero yo vuesas gangas.

JUANA. ¿Habráse visto villano?
PEDRO. Mas lo son vuesas palabras.
La que en los piés tiene callos
é arrugas en la su cara,
tiénelas tambien el pecho
é callos hay en su alma.
JUANA. Y yo sufro de tal guisa
por un...
PEDRO. ¡Dueña! ¡Juana!...
non me faga desbarrar...
JUANA. Vóime; me ahoga la rabia.
(¡Don amor, hiérele el pecho,
que aquestas tocas me matan.)
(*Váse por la derecha.*)

ESCENA II.

PEDRO, *despues* LUISA.

PEDRO. ¿Habráse visto
viella mas mala?
¡Cierta es aquesa
fiel comparanza:
fuego que prende
la viella paja,
lluvia contina
non se lo apaga.
LUISA. (*Entrando por la puerta del fondo y sosteniéndose apenas, presa de un dolor profundo.*)
(¡Non me sostengo!
¡Ay mare santa!)
Buen escudero.
PEDRO. ¡Oh!... ¡la serrana!
¿Qué vos sucede?
Fablad, ¿qué pasa?
LUISA. Non puedo dirlo.
Siéntolo y basta.
PEDRO. (¡Cuán falagueras
son sus miradas!)
LUISA. ¡Cuánta amargura
mi cuita labra!
PEDRO. Descolorida
teneis la cara;
la serranica,
decid ¿qué os pasa?
LUISA. Pasóme ha tiempo,
una vegada,
sueño de amores
con que me holgara.
Mas despertéme
una mañana;

y el sueño fuese,
y el mal quedara;
la mi ventura
non vi tornada;
dejóle al pecho
tristes membranzas,
é desde entonces
llanto del alma
mis ojos vierten;
la pena amarga
descoloróme
la faz rosada.
Eso pasóme:
¡ay! ¡non pasara!

PEDRO. Ansí non parle,
bella serrana.
Si me atreviera
yo os consolara.

LUISA. Non hay consuelos
á penas tantas.

PEDRO. ¿Por qué vinísteis
á aquesta casa?

LUISA. Porque lo quiere
mi suerte aciaga.

PEDRO. Catad, la bella,
que aquí non guardan
á vueso pecho
ninguna holganza.
Torne á la sierra,
la mi serrana;
yo de escudero
iré en su guarda.
Dad al olvido
pasion tan cara.
Si otra querédes
que non vos faga
sofrir de penas,
yo os la donara.

LUISA. Non de pasiones
escucho nada:
con la que tengo
dentro del alma,
si amor el mundo
necesitara,
amor garrido
aquí lo hallaran.
La serranica
non quiere nada:
su enamorado

¡ay! la engañara:
ella non puede
otra vegada
querer de nuevo
como le amara.
Si el escudero
non me fablara
del su cariño,
de la su llama,
yo desdeñosa
non contestara;
pero ferido
el pecho se halla,
é melecina
ninguno guarda,
que curar pueda
su pena amarga.
Escuderico,
non tenga rabia

PEDRO. En miel envueltas
van sus palabras.
(E aun de cariño
la viella sándia
fablar queria
á la mi alma?...)

LUISA. El escudero,
id sin tardanza
y al conde dirle
que en esta cámara
doliente é triste
Luisa le aguarda.

PEDRO. ¿Qué non ficiera,
la mi cuitada,
por vos serviros?

LUISA. Idos, ¿qué aguarda?
¿non veis que muero
de pena tanta?

PEDRO. (¡Qué falaguera!
¡por via é santa Ana!...)
Voy á serviros,
bella serrana.
Guárdeos el cielo.

LUISA. Ansí lo faga.

(*Váse Pedro por la segunda puerta de la derecha despues de haber tenido algunas grotescas vacilaciones.*)

ESCENA III.

LUISA, *despues* FERNANDO.

LUISA. Mare del cielo
que ves mis penas,
¿qué es lo que el conde
de mí desea?
Faz porque pronto
torne á la sierra;
non quiero verle,
é aquí le viera.
¿Por qué entre flores
punchas se encuentran?
Mare querida,
mi alma consuela;
faz que el mi padre
non ¡ay! advierta
de la su fija
tanlarga ausencia.
Díjome el conde
que non dijera
á donde iba,
é con presteza
mi casa dejo,
salto las breñas,
llego al castillo,
é aquí de pena
si non me acorres
quizá me muera.
Mare bendita,
mírame tierna.
¡Fernando!

FERNANDO. (*Aparece en la puerta de la izquierda*).
¡Luisa!

LUISA. ¡Mare! en mis venas
la sangre helóse.

FERNANDO. ¡Cuán hechicera!

LUISA. Non te me acerques;
huye, ¿qué esperas?
¿ves que sin vida
tu Luisa queda?

FERNANDO. ¡Mi serranica!...

LUISA. Non, que ya es muerta.
Nasció de amores,
murió de penas:
non á la vida
puedes volverla.

Vete, Fernando;
vete, é non vuelvas.

FERNANDO. Angel querido,
niña hechicera,
¿por qué tus ojos
de mí te llevas?
¿por qué tus lábios
amor me níegan?
¿borró tu pecho
pasion tan tierna?
¡Mi enamorada,
mi niña bella,
si yo te adoro,
mi dulce prenda!

LUISA. Non me lo digas,
que te creyera,
é tú eres noble
é yo plebeya.
¿Por qué, Fernando,
fuiste á la sierra?
En mi casita
de entre las breñas,
con las mis flores
é mis ovejas,
feliz vivia,
non tuve penas;
pero te vide
en la mi puerta,
tu amor entróse
por mi vivienda,
calma faltóme,
ansias me deja,
mentiste dichas,
afan te llevas.
¿Por qué, Fernando,
fuiste á la sierra?

FERNANDO. Fuí á las Navas,
mi dulce estrella,
porque buscando
el alma inquieta
una flor pura,
entre malezas,
hallé la rosa
de la pureza.
Te vi, mi niña,
y de ansia llena
el alma toda,
á ti se acerca;
todo lo olvida,

solo en ti piensa,
y te entregara
la mi existencia,
si tú afanosa
me la pidieras.
No pienso, niña,
en mi grandeza;
solo es mi gloria
que tú me quieras.
Serrana honrada,
honra á quien quiera;
non yo te honro,
que honra me prestas.
Calma tu pecho,
tu faz serena;
ven á mis brazos,
la mi hechicera.

LUISA. ¡Ay! tú me henchizas
con falagueras
dulces palabras.
Fernando, deja
respire el alma.
¿Non me desprecias?
¿Non la serrana
es poca prenda
para quien tiene
tanta nobleza?
¡Ay! ¡non me engañes,
que me muriera!

FERNANDO. No, no te engaño.

LUISA. ¡Bendito seas,
mi caballero!
¿Si tú supieras
cuánto he sofrido?...
Llanto sin tregua
brotaba el pecho;
la vista ciega
busca afanosa,
busca é no encuentra;
las tus miradas
ansiaba verlas,
é sola é triste
ya non te viera.
¡Ay, mi Fernando!
¡mata la ausencia!
¡Ay, mi Fernando!
¡bendito seas!...

FERNANDO. ¡Oh! mi serrana,
no pases pena.

Mas dime, vida
de mi existencia,
¿por qué mis ojos
aquí te encuentran?

LUISA. (*Turbada*). Vine.....

FERNANDO. El conde,
que no te vea.

LUISA. Vete, Fernando.

FERNANDO. ¿Y tú? Se acerca.

LUISA. Ve á tu aposento.

FERNANDO. Gana esa puerta.

(*Fernando desaparece por la primera puerta de la izquierda, Luisa por la segunda de la derecha. El Conde aparece por la primera.*)

ESCENA IV.

El CONDE *y* LUISA.

CONDE. Por fin vino la aldeana.
Es el remedio mejor;
si no ese maldito amor
deshará mi plan mañana.
La confesion que me hiciera
Anton Perez, me ha servido;
mas..... la serrana ¿dó ha ido?
si acaso marchado hubiera.....
Solo ella ha de impedir
que su union se verifique;
antes que me sacrifique
haré á su padre morir.
Si casar puedo á Fernando
con Clara, ya estoy seguro;
pero si no, yo le juro.....

(*Se oye ruido que lo produce Luisa saliendo por la segunda puerta de la derecha*).

¡Eh!.... ¿Quién vá?

LUISA. (Yo estoy temblando.)

CONDE. ¿Eres tú?

LUISA. Yo soy, señor.

CONDE. Fuiste muy puntual.
¿A Anton dijiste?....

LUISA. Non tal:
non fuéme el lábio traidor;
ficisteis encargo, y fiel
el vueso encargo he complido;
á veros aquí he venido.....

CONDE. Y á verle tambien á él.

Vamos, Luisa, si le quieres,
sería inútil negarlo.

LUISA. Si non trato de ocultarlo;
forman su amor mis placeres.
Non hay dicha para mí,
si me falta mi Fernando;
si él no me amára, llorando
la vida pasára ansí.

CONDE. ¿Sabes por qué te llamé?

LUISA. Non lo puedo adivinar.

CONDE. A Fernando he de casar.

LUISA. (*Sorprendida*).
Vos casarle!...

CONDE. Escúchame.
Por razones especiales
de mi clase y de su porte,
se ha convenido en la corte
celebre sus esponsales
con Clara; así me conviene:
ella le adora con fé,
mas él se opone, porque
contigo amores sostiene.

LUISA. (¿Qué me va á dir este home?)

CONDE. ¿Vas comprendiendo, serrana?

LUISA. Non puede dir la villana
si non que el pecho abrasóme;
que yo le quiero.

CONDE. Es locura.

LUISA. Que él me quiere.

CONDE. Desvarío.

LUISA. Que el su amor tan solo es mio.

CONDE. Amor así, poco dura.

LUISA. Non pensárais de tal guisa
si viérais mi corazon.

CONDE. Que olvides esa pasion
es lo que deseo, Luisa.
Que tú le digas, yo quiero,
que tu amor fué una quimera;
yo quiero....

LUISA. Pues non lo quiero;
enantes de pena muero.
¿Quién sois vos para que faga
el alma cuanto querádes?
En mi pecho non mandades;
buscad quien vos satisfaga.
Yo non pecho en vuesa tierra,
non soy de su señoría;
nascimos ya en Behetría
los que habitamos la sierra.

Nasci libre, libre amé,
non me avengo á esa impostura;
si non vos finco mesura,
es vuesa la culpa á fé.
¿Cómo dir al home amado:
«cuanto juré fué mentira;
mi pecho ya non respira
por tu amor; yo te engañado»?
Para fablar de esa suerte,
faciéndome á mí tal mengua,
arrancárame la llengua
é prefiriera la muerte.
Non lo digo, non lo espere,
non mi alma es falaguera;
la fembra que ansí dijera
ni es honrada, nin le quiere.

CONDE. ¿Con que es decir que te opones?
¿No me escuchas?

LUISA. Non escucho.

CONDE. Eres poco.

LUISA. En amor mucho.

CONDE. Piensa...

LUISA. Non hay razones.

CONDE. Puesto que el hablarte es ley,
sabe aunque bien no te cuadre,
que en mí está que tu padre
muera por traidor al rey.

LUISA. ¡Señor!

CONDE. El fué comunero,
sirvió con Juan de Padilla,
y hoy se vengan en Castilla
del señor y del pechero.
Tu padre ocultóse listo,
mas yo sé donde encontrarlo,
y al verdugo he de entregarlo,

LUISA. ¡Callad!

CONDE. No mas, ¡vive Cristo!
Humilléme á suplicarte,
tú no quisiste vencerte;
veremos si ahora eres fuerte;
en mi mano está salvarte.

LUISA. ¡Piedad!

CONDE. Accede á mi ruego.

LUISA. Non puedo.

CONDE. Vaya al verdugo
porque á su hija le plugo.

LUISA. ¡Callad!

CONDE. ¿Te niegas?

LUISA. Non niego.

¡Mare Santa! ¡ven á mí!
¡sostenme en aquesta cuita!
(*Apoyándose en una silla va á sostenerla el conde y le rechaza.*)

CONDE. ¿Vacilas?...
LUISA. Non necesita
mi cuerpo apoyo.
CONDE. ¡Ay de ti!
¿consientes?
LUISA. Non.
CONDE. Provocas
mucho mas mi indignacion.
LUISA. Quisiera tener cien bocas
para deciros que non.
En antes que aqueso dir,
dadme, señor, cruda muerte;
para eso seré muy fuerte,
mas non para le mentir.
CONDE. ¡Ja... ja... ja! ¡qué loca estás!
Hablando así me reiré;
ni yo verdugo seré,
ni tú matarte sabrás.....
LUISA. ¿Que non lo sabré decís? (*Le arran. la daga*)
Ved aquí vuestro puñal;
faced sola una señal.
¿Que non sé morir? ¡Mentís!
Decis que os estorbo yo;
pues bien, ansina me alejo;
yo me mato, non me quejo.
CONDE. (¿Que aquí se mate? No, no;
mi objeto no consiguiera.)
Con tu muerte nada gano:
ó mientes aquí, ó el anciano
va al suplicio que le espera.
O finges, ó muere Anton.
(Fernando la lloraria
y nunca se casaria.)
LUISA. ¡Mare de consolacion
acórreme en mi quebranto,
salva á mi padre te ruego!
De Fernando non reniego;
¡si tanto le quiero, tanto!...
CONDE. ¿Qué decides?
LUISA. Non decido.
CONDE. Matas á Anton.....
LUISA. ¡Oh! callad;
¡si él es mi bien mas querido!
CONDE. Vamos pronto.
LUISA. ¡Por piedad!. .

CONDE. ¡Qué pesadez!
LUISA. ¡Qué agonía!
CONDE. ¿Qué decides?
LUISA. Non lo sé.
CONDE. (*Dando un paso hácia la puerta.*)
A tu padre.....
LUISA. (*Despues de una gran vacilacion corre á él y le detiene.*)
¡Mare mia!
¡mas non puedo!... Mentiré.
CONDE. Gracias que por fin accedes.
LUISA. Tenedes mal corazon.
CONDE. (Aproveche la ocasion
y.....) ¿Vamos?
LUISA. ¿Nón vedes
que tengo el alma partida?
CONDE. Ven á esa estancia y la calma
recobrarás.
LUISA. Sin el alma
non hay calma en la mi vida.
(*Vánse por la primera puerta de la derecha.*)

ESCENA V.

PEDRO, *despues* CLARA.

PEDRO. (*Entrando por la puerta de la derecha.*)
Miren que la cosa es cosa
que á mí non face agrado:
una viella me persigue,
é yo caso non la fago;
pero ella blanda que blanda,
é yo huraño que huraño:
¡con rostro de cordoban
venirme faciendo halagos!....
Si fuera la serranica...
¡Ay! mare, si me deshago
cuando contemplo el su rostro
é cuando miro el su garbo.
Donara mi escudería
por poderla donar algo
del algo ca aquí yo siento
cuando la miro é la fablo;
mas ella non quiere agora
nada, é yo non valgo
para sus ojos traidores
lo que vale D. Fernando.
CLARA. (*Que ha salido por la segunda puerta de la derecha y ha escuchado el último verso.*)
¡D. Fernando! ¿Qué sucede?

PEDRO. (Nombréle y aquí está el diablo.)
CLARA. ¿Por qué á Fernando nombraste?
PEDRO. ¿E sé yo lo que me fablo?
CLARA. Habla por tu vida, Pedro.
PEDRO. Ha tiempo que estoy fablando.
CLARA. ¿Qué es lo que pasa?
PEDRO. Non sé.
CLARA. Murmurabas...
PEDRO. Mormurando
pasárame yo la vida
si non mormurara en vano.
CLARA. ¿Viste á Fernando?
PEDRO. Non vile.
CLARA. (Quizá se hallará en su cuarto
pensando en esa mujer
que me hiciera tanto daño.)
Oye, Pedro.
PEDRO. (Con mi nombre
ya me están apedreando.)
CLARA. ¿Sabes si Fernando sale
á deshoras?
PEDRO. (Malo, malo,
aquesta quiere saber
lo que yo me sé é me callo.
Pues mentiricas habrás,
que verdades non te fablo.)
CLARA. ¿Escuchaste?
PEDRO. Mi señora,
yo non sirvo á D. Fernando;
soy tan solo el escudero
del noble conde de Arcos.
Preguntáráselo al suyo
que él pudiera contestaros.
CLARA. ¿Pero tú?...
PEDRO. (Dale, machaca,
paresce que fablo claro.)
Perdonad. (*Haciendo un movimiento para marcharse.*)
CLARA. Escucha Pedro.
PEDRO. Mas.....
CLARA. Oye
PEDRO. Me están llamando
CLARA. No te llaman.
PEDRO. ¿Sabreis vos
mas que yo si me han llamado?
(Si non la corto que fable,
ya tenemos para rato.)
CLARA. ¿Pero no quieres decirme?...
(*Mirando hácia la puerta de la izquierda.*)

Hácia aquí viene Fernando

PEDRO. Con que, señora....

CLARA. Quisiera
sorprenderle y....

PEDRO. Me marcho.
Non dice nada.....
(*Váse por el fondo.*)

CLARA. ¡Qué idea!
Aquí le estaré escuchando

(*Desaparece por la segunda puerta de la derecha cerrándola tras de si.*)

ESCENA VI.

FERNANDO, *despues* ANTON PEREZ.

FERNANDO. (*Que entra por la puerta de la izquierda, mirando á todas partes.*)
No está aquí. ¿A qué venia?
¿Si la habrá visto mi tio?...
Parece que el pecho mio
no ha de gozar de alegría.
Veré al rey, es lo mejor,
yo le daré mis razones:
no unirá dos corazones
que los separa el amor.
A Clara no puedo amar.
Si á Luisa idolatro ciego,
¿podrá á otra mujer mi fuego
su corazon abrasar?

(*Se percibe rumor en el balcon: vuelve Fernando la cabeza y ve á Anton Perez que aparece en él, cruzados los brazos y con una espada en la mano. Todos los primeros versos que dice, los marca con cierta solemnidad que depende del actor únicamente.*)
¿Quién vá?

ANTON. ¿No lo ves? Un hombre.
Te sorprendes sin razon.

FERNANDO. ¿Saltásteis por el balcon?...

ANTON. ¿Qué hay en ello que te asombre?
Mi puerta encontraste abierta
y así mi honor has robado;
yo por tu balcon he entrado
á falta de mejor puerta.

FERNANDO. No te entiendo.

ANTON. Ya lo harás.
Tenemos que hablar los dos.

FERNANDO. ¿Y sobre qué?

ANTON. (*Exasperado, pero conteniéndose inmediatamente.*)
¡Dios de Dios!

No me lo preguntes mas.
Aunque nacido villano,
nunca rendí vasallaje
mas que al rey, y un ultraje
siempre ha vengado mi mano.
Por no sufrir la opresion
fuí con Bravo comunero,
y allí en Villalar mi acero
esgrimióse con teson.
Nunca mi pecho sencillo
trocar ansió su sayal
por la pompa del feudal
señor de horca y cuchillo.
Soldado, tuve valor;
cual buen labriego viví;
padre honrado hasta ahora fuí,
y hoy me encuentro sin honor.

FERNANDO. Pero...

ANTON. Silencio. Tenia
una hija hermosa y pura,
á quien daba mi ternura
en cambio de su alegría.
Mi tesoro mas preciado
era ella, y yo orgulloso
el su cariño amoroso
por nada hubiera trocado.
Tras cien afanes prolijos
su placer era mi anhelo:
de los padres, es el cielo
la ventura de sus hijos.
Un dia mi joya miró
ladron audaz, que artero
fingióse amigo primero,
y cual traidor procedió.
En mis brazos le estreché,
comida y hogar le dí;
cuando volver pude en mí
sin mi tesoro me hallé.
Robóme sin compasion,
deshojó mi flor querida.
Respóndeme, por tu vida,
¿dó está mi honra, ladron?

FERNANDO. Esa honra que tú me pides
yo siempre la he respetado.

ANTON. ¡Pero si tú la has robado!
¿Será que de ello te olvides?
A mi Luisa la has mentido
como mentiste á su padre;
y ahora, aunque mal te cuadre,

es tu vida lo que pido.
Mi hija llora perdida
su honra, su paz, su alma
ya que no lleve calma,
la vengaré con tu vida.

FERNANDO. Anton Perez, dices mal,
juzgándome de tal guisa.
Yo quiero tanto á Luisa
como si fuera mi igual.
Su honra siempre guardé.

ANTON. ¡Mentira!

FERNANDO. Si yo la adoro.

ANTON. ¡Mentira!

FERNANDO. Es mi tesoro.

ANTON. ¡Mentira!

FERNANDO. No miento á fe.
Me insultas y... nada digo;
ya ves si á tu hija quiero.

ANTON. ¡Villano!... ¡mal caballero!

FERNANDO. ¡Anciano!

ANTON. No me desdigo.
Tienes ganas de vivir
y el miedo así te hace hablar:
si no lo hubiste á robar,
¿por qué tienes á morir?

FERNANDO. ¡Anton!...

ANTON. Sí; matarte quiero.
¿No lo comprendes?

FERNANDO. (*Conteniéndose apenas.*) ¡Anciano!

ANTON. ¡Cobarde!...

FERNANDO. (*Con esplosion lleva la mano á la empuñadura de su espada, pero conteniéndose despues, dice con acento despreciativo dando un paso hácia la puerta de la derecha.*) ¡Oh!... A un villano
honrára mucho mi acero.

(*Anton Perez queda algunos momentos como aturdido por aquellas palabras; despues de haber pronunciado los dos primeros versos que siguen, tira la espada, saca el puñal y se lanza sobre Fernando.*)

ANTON. ¡Villano dice! ¿Esto mas?
¿Villano dijiste?

FERNANDO. (*Volviéndose al sentirse cogido.*) Sí.

ANTON. Muerte villana tendrás.

(*Al ir Anton Perez á herir á Fernando, se abren las dos puertas de la derecha, y en la segunda aparece Clara, que se detiene en ella; en la primera Luisa y el Conde. Luisa ve la situacion, lánzase sobre ellos, separa á Fernando y lo escuda con su cuerpo. Todo esto muy rápido. El Conde permanece en la puerta.*)

CLARA. ¡Oh!
LUISA. ¡Padre! ¡mátame á mí!

ESCENA VII.

DICHOS, LUISA, CLARA *y el* CONDE.

ANTON. ¡Hija!...
FERNANDO. ¡Luisa!... Díle tú
si mi alma no te adora;
díle si no estoy dispuesto
á que seas tú mi esposa.
No me creyó.
CONDE. (¿Qué escuché?
Todo mi plan se trastorna.)
ANTON. Habla, Luisa, ¿es eso cierto?
¿habló con verdad su boca?
LUISA. Padre...
CONDE. (*Rápidamente á Luisa, pasando por detrás de Fernando á colocarse junto á ella.*) ¿Del comunero
no tendrás piedad ahora?
LUISA. ¡Oh!
FERNANDO. ¿Qué te sucede, Luisa?
Yo de la regia persona
solicitaré el amparo;
la llama que me devora
he de confesarle al rey,
y haré deshaga una boda
que mi pecho la rechaza
porque otro amor le acongoja.
CLARA. (¡Ingrato, y yo le adoraba!)
FERNANDO. Di á tu padre que ha un hora
eso mismo te decia.
ANTON. ¡Luisa!...
LUISA. (¡Mare y señora,
acórreme en este trance,
si el alma el dolor ahoga!...)
FERNANDO. ¿Qué tienes?
ANTON. ¿Era mentira
cuanto ese hombre?...
LUISA. (*No pudiendo resistir mas.*) Non.
CONDE. (*Dirigiendo su vista á la puerta del fondo.*)
¡Hola!....
LUISA. (*Bajo al conde.*) ¡Piedad!
CONDE. (*Id. á ella.*) Habla.
FERNANDO. ¿Qué tienes?
ANTON. ¿No respondes, di?

CONDE. Tú sola
puedes salvarle ó.....

LUISA. ¡Callad!

(*En toda la escena debe notarse la lucha que sufre Luisa. Hay momentos en que quiere hablar, pero el acento del Conde la aterra. Las palabras que este la dice deben pronunciarse sin moverse el personaje. Están colocados Luisa y el Conde en medio, Anton Perez á la derecha y Fernando á la izquierda; Clara permanece en la puerta de la derecha.*)

CONDE. Esta escena se prolonga
y.....

LUISA Padre, yo... non le quiero.

FERNANDO. ¡Luisa!...

CLARA. ¿Qué dice?

LUISA. (¡Ay! loca
me volverá este dolor.)

ANTON. ¿Que no le quieres?

FERNANDO. Si ahora
poco digiste.....

LUISA. Mentia.
Non te quiero..... la tu boda
non rompas con D.ª Clara.....
Amor mentí .. mas agora
non te miento.

FERNANDO. ¡Luisa! ¡Luisa!
¿Así mi pecho destrozas?

LUISA. ¡Fernando!.....

CONDE. Calla.

LUISA. Non te quiero (*Reponiéndose.*)

ANTON. Sella esa lengua traidora;
la villana fementida
que prefiere la deshonra
al nombre que la ennoblece...

LUISA. ¡Padre!

ANTON. Nunca tu boca
pronuncie esa palabra.
¿No le quieres? (*Vacilacion de Luisa.*)

CONDE. (*A Luisa.*) Su persona
solo tú puedes salvar.

LUISA. Le engañé.

FERNANDO. (Y por ella dobla
el corazon sus latidos.)

LUISA. ¡Padre!

ANTON. De tu labio borra
esa palabra: mi hija
ha muerto.

LUISA. ¡Padre!

ANTON. Esa boda

acepta y serás honrada.

LUISA. Non puedo non.

ANTON. ¿Y mi honra?

LUISA. (¡Mare santa, non mas puedo!)
Sí, fablaré: padre...

CONDE. ¡Hola!
¡Aquí los mis escuderos!

ANTON. ¡Maldita
sea la que mis canas deshonra!

(*En este momento Luisa corre hácia su padre, pero el Conde la detiene y la señala á los escuderos que hay en la puerta. Luisa quiere hablar y no puede; se ahoga, hace esfuerzos, su padre se aleja de ella, hasta que por fin cae en brazos del Conde significando que no puede hablar.*)

LUISA. ¡Ah!.. .. ¡Ah!

CONDE. ¿Vés?

FERNANDO. ¡Luisa!

ANTON. ¡Cielos!

CLARA. (*Aproximándose á Luisa.*) ¡Dios mio!

ANTON. (*Aproximándose á su hija, que cae desmayada en brazos del Conde.*)
¡Cielos!

CONDE. (Hice su boda.)

CAE EL TELON.

ACTO TERCERO.



País montañoso. A la derecha puerta con una parra y asientos al lado de ella; un poco á la izquierda, en segundo término, un árbol con asiento al pié. Sobre las rocas, en tercer término, una meseta formada por ellas mismas, desde la cual se descubre todo el camino.

ESCENA I.

CLARA y JUANA *saliendo por la puerta de la casa.*

JUANA. Resolucion admirable,
señora, pues ya lo creo;
si D. Fernando os desdeña,
pagadle vos con desprecio.
¡Pues no faltaba otra cosa!
CLARA. Juana, no sé lo que siento:
antes de saber quién era
estaba yo sin sosiego.
Durmiendo, con él soñaba;
despierta, le estaba viendo;
mi alma anhelaba oirle;
él era mi pensamiento,
y suyos tan solo eran
los latidos de mi pecho.
Volvíle á ver, y á la par
que conocí al caballero,
supe que á otra adoraba
con un amor tan inmenso,
que nunca esperar debiera
que á mi pasion diese el premio.
JUANA. Recordad que bien os dije,
antes de saber yo eso,
que olvidárais á aquel hombre

como se olviden los sueños.

CLARA. Yo no sé cómo esplicarme
el cambio que esperimento;
á otras oí que su amor
se irrita mas con los celos;
pero el mio, por el contrario,
herido de ese desprecio
sintiólo en el primer dia;
he llorado algun momento,
pero despues, orgullosa
y altiva, alcéme de nuevo;
ahogué mi pasion naciente,
y opuse rostro severo
al que en un tiempo queria
mostrársele muy risueño.
Aborrecí á esa aldeana,
y ya me arrepiento de ello;
hoy me conduele su estado,
y aunque á Fernando contemplo
hacer estremos por ella,
no me hieren sus estremos;
no me son indiferentes,
pero tanto no los siento.

JUANA. Que me place el escucharos
hablar así; ya lo creo,
si no era grande el amor
¿no habia de tener remedio?

CLARA. Me disgusta ver á Luisa
en ese estado, y deseo
vuelva á recobrar la voz.

JUANA. El doctor dijo ahora mesmo
que eso no era muy fácil.

CLARA. ¡Pobre Luisa! cuánto siento.....

JUANA. ¿Y sabe ya el Sr. Conde
todo lo que habeis resuelto?

CLARA. No me he atrevido á decírselo.

JUANA. ¡Se va á poner!... ¡santo cielo!...
no quisiera hallarme cerca;
él que tenia tal empeño
en celebrar esa union.

CLARA. ¿Sabes cuál es su deseo?
yo lo llegué á adivinar
porque le observo hace tiempo.
Mientras estuvo en la corte
fué su gasto tan tremendo,
que no solo empeñó sus rentas
en sus locos devaneos,
sino que gastó mi dote
y el de Fernando. Mendo,

el mayordomo, me ha dicho
mucho de cuanto refiero.
Casándonos á los dos
ninguno le pediremos
cuentas, pero en otro caso
hallábase en grave aprieto.

JUANA. Ahora lo comprendo todo.
Pues mucho mas ahora temo.
No va á querer consentir
de su plan el desarreglo.

CLARA. Ha de consentir por fuerza.

JUANA. Decidme una cosa os ruego,
aunque no tiene que ver
con lo que decis.

CLARA. ¿Qué es ello?

JUANA. ¿Por qué negó la serrana
su amor á.....?

CLARA. No te puedo
contestar, pues no lo sé;
hay en eso algun misterio
que ni puedo adivinar,
ni es muy fácil el saberlo
mientras ella no lo diga.

JUANA. Y de eso se halla tan lejos...
(*Mirando hácia la casa.*)
Aqui viene.

CLARA. Como siempre
subirá por esos cerros
para sentarse en la roca,
donde pasa tanto tiempo.

JUANA. Pues, esperando á su amante.
¡Y qué furioso está el viejo!
Si á ver llega á D. Fernando.....

CLARA. Cállate.

JUANA. Mi labio sello.

(*Sale Luisa por la puerta de la casa; en todos sus movimientos debe advertirse el dolor que esperimenta. Cuanto tiene que significar Luisa por medio de ademanes, lo ponemos en prosa á fin de que la actriz que desempeñe su papel pueda comprenderlo mejor. Al salir pasea sus miradas por la escena y al ver á Clara trata de alejarse, pero despues se aproxima á ella.*)

ESCENA II.

DICHAS *y* LUISA.

CLARA. ¿Dónde vas, hermana mia?
Parece que huyes de mi!

LUISA. *No huyo, salia á pasear un momento y no creia encontrarte aquí.*

JUANA. (No es eso lo que sentia.)
(*A Clara.*) Viéndoos debe sufrir.

CLARA. ¿Cómo te encuentras, hermana?

LUISA. *Estoy lo mismo, no es posible que adelante nada.*

CLARA. ¿Qué siempre estarás así?
No pienses de esa manera.

LUISA. *Tengo el corazon herido, y la pérdida de mi voz es una consecuencia del pesar que me destroza.*

JUANA. Ella lo confiesa al fin;
su dolor ahogó la voz
en su garganta. ¡Ay de mí!
si yo supiera que amores
tal me dieran que sentir,
no deseara amar nunca.

CLARA. Esplícame, Luisa, dí,
¿por qué negar que á Fernando
amabas con frenesí?
Te lo he preguntado siempre,
y no me lo quieres decir.

LUISA. *No puede ser.*

CLARA. ¿Y por qué no puede ser?

LUISA. *No te canses, es imposible que te lo diga; sobre mi voluntad hay un poder que me obliga á callar.*

JUANA. ¿No digo? misterio hay aquí.

CLARA. ¿Tú la comprendiste, Juana?

JUANA. Algo pude traslucir;
aunque nunca muda he sido
ni con mudos me entendí,
paréceme que os ha dicho
que nada os puede decir;
que teme no sé qué cosa,
pueden descubrirla y...
Yo no sé si eso habrá dicho,
mas.....

CLARA. Eso mismo entendí.

JUANA. Cuando os dije que hay misterio.....

CLARA. ¿Y no lo he de descubrir?
Vamos, habla con franqueza;
¿no tienes confianza en mí?
Descúbreme los motivos
que tienes para sufrir.

LUISA. *No puedo, no me preguntes nada, pues si te lo confesara quizá costase la vida á mi pobre padre; yo soy la que sufro, ¿pero qué importa?*

JUANA. Entendísteis.

CLARA. Te aseguro
que no sé que presumir.
Me parece que he entendido
que si eso digera á mí,
costara la vida á alguien
y..... ¿no poder definir
lo que ese misterio sea?...

JUANA. (*Mirando hácia la izquierda.*)
El conde viene hácia aquí.
(*Movimiento de espanto en Luisa.*)
(*A Clara.*)
¿Vísteis qué efecto la hace?

CLARA. Ya lo he visto, ya.

JUANA. Es sin
duda el conde la causa
de su...

CLARA. (*Viendo que Luisa hace un movimiento para marcharse.*)
¿Luisa, te marchas? dí.

LUISA. (*Ya lo ves.*)

CLARA. ¿No quieres estar conmigo?

LUISA. *No es eso; contigo me estaría porque te quiero, pero la presencia de ese hombre me es insoportable, me hace daño.*

JUANA. Bien claro lo dijo al fin;
la presencia del señor
diz que no puede sufrir.

LUISA. *Adios; me marcho sobre esas rocas.*

CLARA. Pero ¿qué placer encuentras
pasando tu tiempo ahí?

LUISA. *Contemplo el cielo, y ahi en medio de esa soledad pido á Dios que me preste el consuelo que necesita mi corazon.* (*Sube por las montañas y vá á sentarse en las rocas.*)

CLARA. ¡Pobre Luisa!

JUANA. El Sr. Conde.

CLARA. Vete.

JUANA. ¿Le vais á decir...?

CLARA. Sí.

JUANA. Reparad.....

CLARA. Márchate;
déjame con él aquí.
(*Váse Juana por la puerta de la derecha.*)

ESCENA III.

CLARA *y el* CONDE, *que sale por la izquierda cuando lo indique el diálogo, seguido de sus escuderos, que desaparecen por la derecha.*

CLARA. Quiero hablarle de una vez
y sepa mi voluntad.
Si á su interés le conviene
esta union verificar
yo la rechazo; no quiero
casarme con un galan
que enamorado de otra,
en mí no podrá mirar
mas que un obstáculo siempre;
soy altiva por demás
y no aspiro á una coyunda
en que nunca he de gozar.

CONDE. (*Saliendo por la izquierda.*)
Clara.

CLARA. ¿Aquí mi tutor?

CONDE. Sí; que te viene á buscar.
Accediendo á tu deseo,
te he permitido estar mas
tiempo del que convinimos
en aquesta casa.

CLARA. El mal
de Luisa no se mitiga.

CONDE. Ni nada lo aliviará.
¿Piensas estár aquí siempre?
¿La vas acaso á aliviar?
Fernando se desespera,
y al contemplarle yo tan
aburrido, dije ayer:
«yo voy á Clara á buscar
y de aquí á muy pocos dias
tu esposa la llamarás.»
Con que así prepárate.

CLARA. Dignaos, señor, perdonar
si no me allano á cumplir
lo pactado. Dispensad,
yo no puedo ser la esposa
de Fernando; por demás
sabeis si tengo motivos.

CONDE. ¿Esos amores?... ¡Bah, bah!
Amores irrealizables
con el tiempo olvidará.

CLARA. No opino de esa manera.

CONDE. Mi sobrino ha de acatar
mis preceptos y.....

CLARA. Por eso
mi pecho rechazará
union en que entra el mandato
y en nada la voluntad.
Por Fernando sufre y llora
esa infeliz, y privar
no me agrada de ventura
á quien sin ventura está.
Fernando, aunque vos digais
que ansia el nudo conyugal
conmigo, no puede ser;
ama á Luisa, y es pensar
irrealizables quimeras
creer que la olvidará:
yo tambien tengo mi orgullo,
y nunca podré aceptar
un esposo de limosna
y un cariño desleal.
Esta es mi resolucion;
si os ofende.....

CONDE. Basta ya.
Sabeis que tengo derechos
que no basta á derrocar
ni el amor de ese bergante,
ni vuestro insensato afan.
El rey los ha sancionado.

CLARA. Y ¿quién me puede obligar
á que acepte una coyunda
que siempre rechazará
mi alma?

CONDE. Yo estoy resuelto,
y nada me hará mudar
de idea.

CLARA. Lo mismo yo.

CONDE. Ahora mismo te vendrás
conmigo.

CLARA. Mas no á casarme;
lo digo sin vacilar.

CONDE. Y yo á mi vez te aseguro
que á esa union asentirás,
porque yo así lo he dispuesto.

CLARA. Lo dispusísteis muy mal.

CONDE. Disponte pues á seguirme.

CLARA. No os he de hacer esperar.
(*Váse Clara por la puerta de la derecha.*)

ESCENA IV.

El Conde, Luisa, *despues* Anton Perez.

Conde. (*Sentándose delante del árbol.*)
Parece se ha conjurado
el infierno en contra mia.
¿No llegará nunca el dia
de ese enlace deseado?
¡Oh!... sí, sí, ha de llegar;
lo necesito, lo quiero,
antes de todos, primero
de salvarme he de tratar.
Si Clara amase á otro hombre
y cuentas pide Fernando.....
Aunque se casen llorando
se han de casar por mi nombre.
Si ella no quiere, mejor;
si el ama á Luisa, sabré
vencerla. Yo mataré
y así morirá su amor.

(*Luisa, despues de haber permanecido mirando hácia la izquierda durante la anterior escena, triste y desconsolada se dirige hácia la casa sin reparar en el Conde. Cuando este la habla se retrata en su rostro el temor y la angustia; y esta se hace mas perceptible cuando sale su padre, á quien se abraza como tratando de defender.*)

¿Estás ya dispuesta, Clara?
¡Ah!... ¿que eres tú? ¿Te sorprende
mi visita?... No me entiende.
Y no está buena. ¡Qué cara
tiene!

Anton. (*Dentro*) Luisa. (*Movimiento de ansiedad en Luisa.*)

Conde. Anton... ¿No vas?
Está asustada y temblando.
¿No escuchas? Te están llamando.

Anton. (*Saliendo por la puerta de la derecha.*)
Pero, Luisa, ¿en dónde estás?
¡Señor Conde!... ya he sabido
por D.ª Clara...

Conde. Sí, vengo
á llevármela; no tengo
mas objeto.

Anton. Seais bien venido.
Luisa, ¿qué te sucede?
¿A qué viene ese temor?
(*Luisa se abraza con él.*)
¡Y tiemblas!... Mirad, señor,

en nada su pena cede.
Ya veis lo que agradecer
puedo yo á vuestro sobrino;
si lo encuentro en mi camino...

(*Abraza Luisa á Anton Perez, significándole su dolor y diciéndole que cualquier cosa que contra él hiciera ella lo sentiria mucho mas.*)

No ; no le quisiera ver.

CONDE. Pero si ella no le quiere;
ya oiste cuál contestó.

(*Al escuchar Luisa estas palabras se adelanta hácia el Conde, como queriendo decirle que él mismo sabe si ella ama á Fernando; pero como recordando instantáneamente la amenaza que la hizo, tras de algunos sonidos inarticulados se deja caer en los brazos de su padre.*)

ANTON. Si Luisa su amor negó,
fué por orgullo.

CONDE. Prefiere
entonces su desventura,
á un amor que la honraria.

ANTON. (*Con dignidad.*) Para honra, tiene la mia;
no mendiga una ternura
que por compasion quizá
vuestro sobrino la diera.
Mi hija nada pidiera;
harto que sufrir tendrá.
Que se case D. Fernando.

CONDE. Para eso me llevo á Clara.

(*Movimiento de Luisa significando el dolor, la sorpresa y la incredulidad. Dice que no puede ser que Fernando se case con Clara.*)

¿Qué dice?

ANTON. Que si la amara,
y en su amor solo pensando
estuviese, no asintiera
á esa union.

CONDE. Lo mando yo.

ANTON. Y ¿vos sabeis?... no, no,
eso fuera villanía.
En el cerco de Granada
yo vuestra vida salvé;
me ofrecísteis vuestra fé
y desde entonces...

CONDE. Guardada
fielmente la he conservado.

ANTON. Lo que ahora poco dijisteis
prueba que os arrepentísteis
de la amistad del soldado.
Que viendo á su hija morir,

y pudiéndola salvar,
á él le quereis matar,
y á ella impedis vivir.
No hagais esa buena accion
que pobres no merecemos;
los villanos las hacemos
sin esperar galardon.
Para salvaros no ví
la nobleza que ostentais;
vos, señor, sí la mirais
al ir á salvarme á mí.
(*Movimiento del Conde.*)
No discutamos por Dios
sobre cuestion de blasones:
el mio son mis acciones;
no quiero ver el de vos,

CONDE. Anton, me juzgásteis mal;
yo consiento en esa union.

ANTON. ¿De veras?

(*Luisa con alegría se aproxima al Conde, como interrogándole; este rápidamente la dice lo que sigue. Al escúcharlo Luisa espresa el dolor.*)

CONDE. Tu padre muere.
(*A Anton.*) Pero si ella no le quiere.

(*Movimiento significativo de Luisa indicando que es cierto lo que dice el Conde.*)

(*Anton, que la ha estado mirando, hace un movimiento por el que manifiesta no comprenderlo. El Conde con indiferencia.*)

No comprendo la razon.

ANTON. Señor Conde, perdonad,
que D. Fernando se case,
mas... que por aquí no pase
pues...

CONDE. ¿Qué dices?

ANTON. Callad,
tengo el pecho destrozado.
Pasad adentro un instante.

CONDE. Yo quisiera ..

ANTON. (*Al Conde con respeto.*) Id delante.
No tiene alivio mi estado.
(*Vánse por la puerta de la derecha.*)

ESCENA V.

FERNANDO y PEDRO, *que bajan por la montaña.*

PEDRO. Señor, ya non puedo mas.

FERNANDO. Anda, que ahora comienzas ;

para purgar lo que has hecho
requieres gran penitencia.

PEDRO. Pecadicos non he fecho,
é si los fice, non era
mia la culpa; el señor
cargue con toda la pena.

FERNANDO. Calla y prosigue, bergante.

PEDRO. Si non moviere la llengua
non pudiera caminar;
lleváisme la delantera
é non vos puedo seguir.

FERNANDO. Si cual bueno procedieras,
ni sufriera el alma mia
ni mi Luisa padeciera.

PEDRO. (Reniego de la serrana,
del Amor y la su abuela
Doña Venus, que seria
fembra muy andariega.)

FERNANDO. (*Mirando la casa de Anton y escuchando en la puerta.*)
Si yo pudiera avisarla...

PEDRO. (*Sentándose en el banco que hay al pié del árbol.*)
¡Qué dicha si uno se sienta
cuando se encuentra cansado
é andar non place á las piernas!
Lluego diz que Don Cupido
es ciego é causa cegueras.
Yo digo que él era cojo
é á mí me dona cojera.
Pero, señor, si no amando
todos me traen é me llevan;
é un rempujon me da el uno,
é el otro un tiron de orejas,
é furibundos me miran,
é ansina mi pecho arredran
como arredran á un jabato
los canes que le rodean;
amando yo, ¿qué seria?
Magüer que de amor me muera,
non dirélo á la villana
que él mi fuego produjera,
pues érame igual que dir,
facer de mi cuanto quieran,
que el home que se enamora
meresce tal penitencia
por la su culpa.

FERNANDO. Pedro, Pedro.

PEDRO. (De nuevo á tronar comienza.)

¿Llamais, señor?

FERNANDO. ¿No lo oiste?

PEDRO. (Fuerte va á ser la tormenta.)

FERNANDO. ¿No me dijiste que el Conde
te mandó venir á esta
casa, y hablar con Luisa
sin que ninguno te viera,
y entraste sin ver á nadie
y sin escitar sospechas?..

PEDRO. Ya lo creo; el señor Conde
amenazóme de veras
que si ansi non lo facía
las mis nalgas me rompiera;
é por non verlas rompidas,
el miedo prestóme fuerzas.
Por eso mismo sabeis
todo lo que aquí ficiera;
me dísteis una puñada
(*Movimiento de Fernando.*)
con tal dulzura en aquesta
espalda... que en el momento
callar non pudo mi llengua.
¡Tenedes tal compostura
para exigir!...

FERNANDO. Vamos, cesa
de hablar tantas necedades.

PEDRO. (¡Necedades, y deshechas
dejóme las mis costillas!..)

FERNANDO. No murmures mas simplezas.
Vas á entrar en esa casa
y á Luisa dí que la espera
enamorado y rendido
el hombre de quien reniega:
que salga pronto.

PEDRO. ¡Señor!...
¿fablais, mi señor, de veras?
Chancerico vos estades
al donarme esa encomienda.

FERNANDO. (*Dándole un puñetazo.*)
Mira si es chanza.

PEDRO. No es chanza,
que súpome muy de veras.

FERNANDO. ¿Entendiste lo que quiero?

PEDRO. Sentílo, que es cosa mesma.

FERNANDO. Pues vé pronto y sal mas listo.

PEDRO. Lo faré con gran presteza.
(Si non, moliérame á golpes
los pocos huesos que restan.)

(*Pedro entra con precaucion por la puerta de la derecha.*)

FERNANDO. No comprendí todavía
aquella terrible escena;
las palabras que me dijo
aun en mi oido resuenan.
Decirme que fué un engaño
su amor... ¡Ay! ¡quién lo creyera
cuando su voz tan querida
ahogaba su misma pena!...
He venido varias veces
con la esperanza de verla,
porque entreveo un misterio,
el cual mi mente no acierta
á definir...

PEDRO. (*Saliendo por la puerta de la derecha.*) ¡Válame
san Blas y santa Quiteria,
abogados de gargantas,
é de espaldas, é de piernas!
Vamos de aquí, don Fernardo;
huyamos de aquesas puertas;
catad que de toda guisa
cien mil peligros nos cercan.

FERNANDO. ¿Acabarás de esplicarte?
Vamos, dí pronto, babieca.

PEDRO. Non puedo, si la mi ropa
del mi cuerpo se despega.
Figurádvos que al entrar
adentro de esa vivienda,
caigo de manos á boca
entre una media docena
de escuderos del su tio.

FERNANDO. ¡El conde!...

PEDRO. En persona mesma.
Por ahí dentro lo teneis.
Catad si para mi pena
habráse motivo grande:
si me coje, me desuella
cual diz que á un santo, judío ,
otro tanto le ficieran.
Para vos solo habrá voces,
mas para mí ha de haber leña,
é leña de tal primor
é por manos tan perversas,
que la mi piel dejarán
para cuero de correas.

FERNANDO. (*Pensativo.*)
¡El conde ha venido aquí!...
¿Qué traerá por estas tierras?
No me anuncia en este sitio
nada bueno su presencia.

PEDRO. ¿Escucháisme, don Fernando?
FERNANDO. Aparta, tu labio sella;
¿para qué me importa á mí
tu cuerpo, ni tu pelleja?
PEDRO. ¡Zambomba!... ¡Mare del cielo!
Si á vos non, para mí es prenda
que non pudiendo mudar,
debo yo mucho quererla.
Membrad que por vos serviros
la espuse de esa manera.
FERNANDO. Escucha, Pedro, ya sabes
que en la corte, Gil de Mesa
se ocupa en pedir al rey
me otorgue su real licencia
para que anule mi enlace
con doña Clara, y conceda
gracia porque pueda unirme
con Luisa.
PEDRO. Non sé qué tenga
que ver...
FERNANDO. Espero que hoy
quizá recibir ya pueda
esa nueva venturosa,
que tanto mi alma desea.
Por eso quiero que tú
te adelantes por la sierra,
á ver si por el camino
al mensagero te encuentras.
Y corre, Pedro, adelanta
la noticia cuanto puedas,
que no sé por qué presiento
me ha de hacer falta. Vuela.
PEDRO. Bueno es eso para dicho,
facerlo es cosa mas negra,
cuando está el cuerpo cansado
de correr por esas breñas.
FERNANDO. Entre cansarte por ahí,
ó que á puñadas te muela,
puedes elegir, bergante.
PEDRO. ¿Quién duda?.. por esas peñas
iré, magüer me reviente.
FERNANDO. Peró corre con presteza,
y si hallas al mensagero...
PEDRO. Tornaréme acá sin tregua,
que estando vos de alegrías
non habrá para mí penas.
FERNANDO. Corre, corre.
PEDRO. Don Amor,
sois muy sandio de mollera,

si faceis que los mortales
por vuestro aguijon la pierdan.
(*Váse Pedro por la montaña.*)

ESCENA VI.

FERNANDO *y despues* LUISA.

FERNANDO. ¿Qué habrá podido traer
al conde por estos sitios?
Ayer le espliqué bien claro
todo el pensamiento mio.
He comprendido que Luisa,
cuando todo aquello dijo,
su corazon no afirmaba
lo que hablara el lábio impío.
Una fuerza misteriosa,
incomprensible, la hizo
negarme que me queria....
Conocerla necesito;
pero si no puede hablar...
Que me dé solo un indicio
y descubriré del todo
lo que ahora no adivino.

(*Aparece Luisa en la puerta de la casa. Fernando corre hácia ella. En el momento de verle, el primer movimiento de la jóven es de alegría, pero despues retrocede llena de dolor. Medítese un poco esta escena, pues son demasiado rápidos todos los cambios de sensaciones y solo dependen de la actriz.*)

¡Luisa!... ¡Luisa!...

(*Luisa espresa el placer y tiende los brazos hácia Fernando: despues retrocede llevándose entrambas manos al pecho y mirando con inquietud hácia la casa.*)

FERNANDO. ¡Por piedad,
no mates con tu desvío
un corazon que tan solo
viviera por tu cariño!

(*Luisa le indica que se retire, que se aleje, pues ella no puede amarle.*)

FERNANDO. No digas que no me amas;
tu lábio mintió al decirlo.
No me digas que me aleje
del lugar donde respiro.
Habla, Luisa, ¿por qué ingrata
desdeñas el amor mio?
¿Qué causa, qué fué lo que hubo
que á eso diera motivo?
Esprésamelo, mi vida.

¿No ves que sin alma existo?

(*Luisa vacila durante un breve espacio, pero despues significa que no la pregunte mas, que aumentan su pesar aquellas palabras, para las que no puede tener respuesta.*)

FERNANDO. ¿Que nada mas te pregunte?
¿y fui de tal pago digno?
Un dia ví una serrana
cuyo semblante divino
ocultaba un alma fria
cual la peña de estos riscos.
Yo la adoré con locura,
y ante sus plantas rendido,
la pedí que me aceptara
la ofrenda de mi cariño.
Ella mintióme su amor;
entreguéla todo el mio;
renegué hasta de mi nombre;
ella jugó á su capricho;
y cuando el alma abrasada
arrostrar por todo quiso
para unirse á la que amaba
con ardiente desvarío,
la rechaza desdeñosa.
la condena á cruel martirio,
y en pago de amor tan grande
le dá mayores desvíos.
¿Por qué para tanto daño
mintió el lábio fementido,
un amor que una existencia
entre dolores deshizo?...
La mujer que amor no siente,
no debiera haber nacido.

(*Luisa durante todo este parlamento ha significado las emociones que esperimenta. Al terminar Fernando se lanza á él; incapaz de contenerse mas, vá á decirle que le quiere, que no le ha engañado; pero recordando de súbito la amenaza del Conde, se lleva las manos á los ojos para no ver a Fernando.*)

FERNANDO. ¡Luisa! habla por piedad.
¡Esa emocion!... ¡no concibo!...
¿Qué misterio sella un lábio
que tantos amores dijo?
Esplicame ese misterio;
ese arcano no descifro,
y el corazon me destrozas.

(*Luisa le significa que no puede, que ella muere escuchándole.*)

FERNANDO. ¡Nada!... ¡Dios mio!... ¡Dios mio!...

¿por qué para ir al infierno
me mostraste el paraíso?
Te obstinas en tu silencio,
no te duele mi martirio;
reniego de tu pasion,
reniego de tu cariño;
antes que tu amor pedirte
debí de matarme el mio.

(*Luisa, al ver que hace un movimiento para marcharse corre á él deshecha en llanto; quiere hablar, quiere decirle que le ama, pero se oye la voz de Anton Perez llamándola; entonces se detiene, recuerda que él está en peligro, y se separa bruscamente significándole el profundo dolor que la hiere, y entra en la casa.*)

ANTON. (*Dentro.*) Luisa.

FERNANDO. (*A Luisa con sorpresa.*)
¡Habla! ¿Qué?... ¡Cielos!...
al ir á hablarme se ha ido;
oyó la voz de su padre
y... No hay duda, yo necesito
saber lo que aquí sucede,
y he de saberlo ahora mismo.

ESCENA VII.

FERNANDO y PEDRO *que aparece en la montaña con un pliego en la mano.*

PEDRO. Señor, señor, los papeles.
¿Non me escuchais, D. Fernando?
(Qué paga donan al home
que por servirles.....)

(*Baja Pedro al proscenio y se acerca á Fernando dándole el pliego.*)

Vos traigo
los papeles que pedísteis.
He cumplido vueso encargo.

FERNANDO. (*Cogiendo el pliego y leyendo.*)
¿A ver? ¡Gracias, Dios mio!
Mi matrimonio anulado
por el rey.
(*Se dirige hácia la casa.*)
Luisa, Luisa.

PEDRO. (*Deteniéndole.*)
Compliendo vueso mandato
corrí por esos breñales.

FERNANDO. Calla, bergante.

PEDRO. Si fablo
es porque aina me duelen

los tropezones que he dado.
Al escudero topéme;
cual me digisteis le parlo,
y el vos faciendo mesura
me dona el pliego cerrado,
é yo me vine corriendo
porque por ahí pregonando
non sé qué cosa del rey
va un merino con soldados
é alguaciles.

FERNANDO. (*Con sorpresa.*) ¡Un merino!

PEDRO. Si tal, escuchélo al paso,
es cosa de comuneros.

FERNANDO. ¿Y á mí qué me importa? Vamos.
(*Dirigiéndose á la casa.*)
Luisa.

PEDRO. (¡Vaya una paga!
despues de lo que le traigo.)

(*Va Fernando á entrar en la casa á tiempo que aparece Anton con la espada ceñida, en la puerta.*)

ESCENA VIII.

DICHOS *y* ANTON.

ANTON. ¿Llamábais?

FERNANDO. ¡Anton!

ANTON. ¡Atrás!
De vos á mi, caballero,
la distancia del acero
debe haber solo.

FERNANDO. Jamás.

ANTON. Teneis razon, por mi vida. (*Con amarga*
Dijisteis que era villano..... *ironía.*)
á no tenerme la mano
fuera por vos homicida.
Como noble blasonais
y como vil procedeis;
á ser noble aprendereis
del mismo á quien deshonrais.

FERNANDO. Anton, el dolor os ciega
y á mí me mata el dolor;
aquí buscando su amor
el alma afanosa llega.
¿Por qué recibirme así
cuando tan herido vengo?

ANTON. Aquí yo una herida tengo (*Señal. al pecho.*)
y no en vuestra busca fuí.
Quise mataros un dia

y mi ventura maté...
(*Haciendo esfuerzos para contenerse.*)
Marcharos de aquí, porque
mas se enciende la ira mia.
A pesar de cuanto allí
dijo mi Luisa, os adora;
por vuestro amor sufre y llora,
por su orgullo hablara así.
Vos sois noble, ella villana;
ya que un daño la habeis hecho,
dejad que llore su pecho
de su amor la pena insana.
No insulteis su desconsuelo
ni mi dolor insulteis;
idos, y no recordeis
que causásteis nuestro duelo.

FERNANDO. No me arrojeis de la sierra;
por Luisa he venido yo;
en todo cuanto ella habló
algun misterio se encierra.

ANTON. El misterio es vuestro engaño;
marchad, marcharos de aquí.

FERNANDO. Hablarme de engaño á mí
es desconocer mi daño.

ANTON. No agoteis mas mi paciencia.

FERNANDO. Yo á mi Luisa quiero ver,
quiero hablarla.

ANTON. No ha de ser
mientras dure mi existencia.

FERNANDO. ¿No te mueve mi dolor?

ANTON. Me mueve su desventura.

FERNANDO. Yo la entregué mi ternura.

ANTON. Para robarle su amor.
Es necia vuestra porfía.

FERNANDO. Tenaz vuestra oposicion.

ANTON. Tengo para ello razon.

FERNANDO. En verla tengo la mia.
Déjame que pase, anciano.

ANTON. Aparta, mal caballero;
antes que verla, primero
la mataré por mi mano.

FERNANDO. Necesito verla.

ANTON. Atrás.
No la has de ver.

FERNANDO. ¡Insensato!

ANTON. O me matas ó te mato;
matándome la verás.

FERNANDO. ¡Ay de tí! si yo me olvido...

ANTON. Olvídate, si lo anhelo.

FERNANDO. Déjame.
ANTON. No.
FERNANDO. ¡Santo cielo!
hacer mas ya no he podido.
¿Quieres dejarme pasar?
ANTON. Quiero matarte.
FERNANDO. ¡Anton!
ANTON. Ven si tienes corazon. (*Pegándole con el plano de la espada.*)
FERNANDO. ¡Oh!... ese ultraje has de pagar.

ESCENA IX.

DICHOS y LUISA.

(*Cruzan las espadas. En este momento Luisa aparece en la puerta de la casa; se opera en su rostro la transformacion producida por distintas emociones. Va á lanzarse sobre su padre, pero este la rechaza y ataca con furor á Fernando. Corre a este, que la rechaza tambien. Quiere hablar y no puede. Toda esta situacion depende de la actriz. Por fin hace un esfuerzo y pronuncia la palabra Padre, precipitándose en medio de ellos.*)

LUISA. ¡Ah!... ¡Ah!...
ANTON. Quiero tu vida.
LUISA. ¡Ah!...
ANTON. ¡Aparta de aquí!
FERNANDO. ¡Ella!...
LUISA. ¡Ah!...
ANTON. Vengaré su querella
en tu sangre aborrecida.
LUISA. ¡Ah!... ¡Pa... Padre!
ANTON. ¡Hija mia! (*Soltando la espada y abrazándose á Luisa. Pausa ligera.*)
FERNANDO. ¡Luisa!...
ANTON. Habla.
LUISA. ¡Padre!
FERNANDO. (*Aproximándose á Anton respetuosamente.*)
Tu mano.
ANTON. (*Despues de vacilar algunos momentos.*)
Tomadla, no quiere el anciano
turbar ahora su alegria.

(*Pedro aparece en la montaña con unos papeles en la mano.*)

ESCENA X.

DICHOS, EL CONDE, CLARA, JUANA *y escuderos apareciendo en la puerta de la casa donde se detienen hasta que Fernando dice los dos versos siguientes:*

FERNANDO. Luisa, el rey ha querido
que pueda darte mi mano.

LUISA. ¡Oh!...

FERNANDO. Tio, venís muy bien. (*Viendo al conde.*)
(*Presentándole los papeles.*)
Ved, el monarca ha anulado
mi matrimonio con Clara.

CONDE. ¿Qué dices?

FERNANDO. Ved; y otorgado
á la vez su real licencia
para unirme á Luisa.

PEDRO. (¡Malo!
El señor non bien lo toma...
mis huesos huelen á cáñamo.)

CLARA. (*á Luisa.*) Ya eres dichosa.

FERNANDO. Y el cielo,
accediendo á ruegos tantos,
y dolido de mi pena,
de hacer acaba un milagro.
Luisa ya no está muda.

LUISA. (*Abrazando á Clara.*)
¡Hermana!

CONDE. (¡Truenos y rayos!
Todo mi plan se destroza.)
¿Te casas?

FERNANDO. El rey lo ha aprobado.

CONDE. (*Aproximándose á Luisa sin que lo adviertan, mientras Fernando habla con Anton y Clara con Juana.*)
¿Accedes?...

LUISA. (*Suplicante.*) ¡Señor!...

CONDE. Silencio.
(*A los escuderos.*)
¡Hola!

LUISA. ¡Piedad!

CONDE. Del villano
Anton Perez, comunero
que ha sido, apoderaos.

TODOS. ¡Oh!...

LUISA. ¡Piedad! ¡Padre!...

PEDRO. (¿Non dije

que meditaba algo malo?)

(*Aparecen en lo alto de la montaña un alcalde, rey de armas, alguaciles y soldados; suena un clarin; todos se vuelven.*)

EL REY DE ARMAS. (*Leyendo*)

«Oid, oid el pregon que en nombre del señor Rey D. Cárlos I, á cuantos pechan en los sus reinos, yo el su rey de armas os fago: Sabed que, deseoso el monarca de corresponder al favor que el cielo le ha dispensado otorgándole la su ayuda para vencer á sus enemigos, viene en otorgar el su perdon á cuantos mal aconsejados tomaron parte con el traidor Juan de Padilla en las pasadas revueltas; é ansi mesmo, será del su agrado que non se los persiga é que se los respete cual si nada hobiesen fecho. Dado en el su Alcázar de Valladolid, á 25 de abril de 1525.»

LUISA. ¡Padre mio!...
CONDE. (*Ap.*) Me ha vencido.
FERNANDO. Anton, os hallais en salvo.
LUISA. (*Al Conde.*) Vos perdono la mi cuita,
magüer non perdonaros
debiera.
CONDE. ¡Calla!...
CLARA. ¿Eres feliz?
LUISA. ¡Cómo non serlo si amo!
JUANA. ¡Ay! Pedro, ¿no os dá dentera?
PEDRO. El veros daráme asco.
FERNANDO. ¡Anton!...
LUISA. ¡Padre!...
ANTON. ¡Sed dichosos!
CLARA. (*Al Conde.*) Cuando os plazca...
CONDE. (*Despues de contemplar con cólera el grupo que forma Anton abrazando á Luisa y Fernando.*) Vamos, vamos.
ANTON. (*Al Conde.*) Id tranquilo, señor conde;
aunque vengar vuestro daño
debiera, id, os perdono;
eso hacemos los villanos.

(*El Conde, Clara, Juana y escuderos se alejan mientras quedan en escena Anton, Fernando y Luisa.*)

ESCENA ÚLTIMA.

ANTON, FERNANDO y LUISA.

ANTON. (*Atrayendo junto á sí á Luisa y Fernando.*)
Sed felices, hijos mios.
LUISA. ¡Oh! ¡mi padre! ¡mi Fernando!
Non hay placer en la tierra

con que pueda compararlo ,
la serrana que en un dia
padre y esposo ha encontrado.

FERNANDO. ¡Mi serranica!

LUISA. ¡Mi caballero!

FERNANDO. ¡Bendita seas!

LUISA. Mare del cielo ,
que ves mi gozo ,
faz que el mi dueño
siempre me quiera
como le quiero.
¡Padre! ¡Fernando!

FERNANDO. Tuyo es mi anhelo.

ANTON. Dios os bendiga.

LUISA. A Dios primero.

(Se arrodilla Luisa, quedando á sus lados Anton y Fernando.)

CAE EL TELON.

Examinado este drama, no hallo inconveniente en que su representacion se autorice.

Madrid 3 de febrero 1865.

EL CENSOR DE TEATROS,

Narciso Serra.